



Ocho de la mañana. Transcurrió la noche y nadie abandonó su puesto frente al escenario. Argentina canta en Cosquín bajo el influjo de la montaña.

COSQUIN: CATEDRAL DEL FOLKLORE

por Norberto D'Atri

—MIRE, yo estuve en el primero, cuando el Festival se hacía en la calle, sobre la ruta entre los ómnibus que pasaban. Aquello era distinto—.

Los que pueden decir esto adquieren una esplendorosa aureola de precursores. Después vienen los "reincidentes", los que estuvieron en el segundo y en el quinto o en el tercero y volvieron en el sexto, etc. Y a partir de esto la polémica. Los que fueron, los que volvieron, los que llegaron por primera vez, los que no estuvieron nunca, opinan sobre el Festival de Cosquín. Sobre su valor artístico, su autenticidad, sus connotaciones políticas, sociales, su trasfondo económico.

No resulta fácil ubicarse y conciliar opiniones. Pero caminando, observando, pre-

guntando, adentrándose en el "clima humano", se puede tener una impresión general sobre este festival folklórico que es, indudablemente, el más importante y prestigioso que se realiza en el país.

QUIENES VAN A COSQUIN

Este año al noveno festival vinieron en nuestro auxilio un grupo de estudiantes de Sociología de la Universidad de Córdoba. Realizaron encuestas, interrogatorios y en lo que respecta a la composición social del público asistente llegaron a algunas conclusiones, que en esencia, coincidían con nuestra observación: a Cosquín viene clase media de las provincias y sectores de la clase obrera de los alrededores de Córdoba;

gente de Buenos Aires, muy poca; alta burguesía, casi ausente; juventud, bastante entre ella muchachada mochilera pero que, presumiblemente, llegaba atraída más por las condiciones físicas del lugar — río con balneario, cerros, buenas rutas— que por adhesión al folklore.

En realidad, no era difícil coincidir con los sociólogos. Con observar la profusión de automotores con chapas de los más disímiles puntos de la República, reparar en su tez y en las distintas "tonadas", fácil era descubrir la composición e integración del público del Festival.

¿Y la gente de nuestra capital por qué no va a Cosquín? Esto ya es más difícil de discernir. ¿Porque la moda es Punta del Este? ¿Porque el folklore ya no atrae? (para la "high society" es "demodee"...) ¿Porque hay saturación de festivales de este tipo? ¿Porque la promoción publicitaria falla? ¿Por la insidiosa campaña "mackartysta" que algunos sectores de la llamada "prensa grande" han llevado a cabo contra algunas expresiones folklóricas? (como si el "Martín Fierro" fuera un cuento de hadas...) ¿Por la comercializada ingerencia de las compañías grabadoras sobre conjuntos y temas? Todas éstas pueden ser razones que influyan para restarle en Buenos Aires interés al Festival.

EN EL "CUZCO CHICO" ESTALLA LA FIESTA

Sin embargo, en la última semana de enero, Cosquín era una fiesta. La legendaria "Coscoina" —que significa "Cuzco chico"— enclavada en el Valle de Punilla, prestaba adecuado marco. Es bella, simpática, acogedora. La Plaza Próspero Molina convertida en imponente anfiteatro, con un monumental escenario que tiene como telón de fondo los cerros cordobeses, coronados en la cima del Pan de Azúcar por una resplandeciente cruz blanca, constituye un ámbito ideal para este tipo de expresiones artísticas. La gente de Cosquín trabaja para el evento durante todo el año, mucho y bien. Es fácil encontrar fallas. Pero todas ellas son imprevisibles. Todo lo que se puede ordenar ha sido ordenado. Si comparamos, por ejemplo, la organización de este Festival con el de cine que se realiza en Mar del Plata, esto adquiere la precisión de un reloj suizo...

La metodología del Festival es sencilla. Durante nueve noches, a partir del sábado inicial, en el recinto cercado de la plaza (unas 15.000 plateas) se desarrollan oficialmente las actividades artísticas desde las 22 hasta imprevisibles horas de la madrugada e incluso del amanecer.

LAS PEÑAS SUBSIDIARIAS

Alrededor de la Plaza funcionan las Peñas. Este año fueron varias: la salteña de César Isella, la "Casa de Chito Zevallos", la del poeta Armando Tejada Gómez (desde luego la más "intelectual" de todas) la de "Los Trovadores" y la que tenía asiento a la vera de la Iglesia parroquial denominada "La Gauchada", liderada por el Padre José María Monguillot, que entornaba sus puertas cuando las campanas llamaban a la primera misa. Circunstancialmente la confitería "La Europea" se convertía también en reducto peñero, sobre todo en las primeras horas del amanecer (la hora del folklore con el café con leche...).

La informalidad de la peña permitía una mayor espontaneidad del artista. Resultaba simpático ver como intérpretes consagrados, cuando abandonaban el escenario mayor, retribuían el convite de un vaso de vino y una empanada o un locro, cantando para el público que los saludaba con cariño y entusiasmo.

Ese era el ámbito del Festival. No es del todo exacto que el acontecer folklórico se prolongara en las calles o en los fogones improvisados a la orilla del río Cosquín. Esto se daba muy esporádicamente. En Festivales anteriores parece que fue así, pero en esta oportunidad el hecho artístico estaba más "institucionalizado". Y lo que se gana en orden se pierde en espontaneidad.

¿TURISMO O FOLKLORE?

¿Es en realidad Cosquín la catedral del Folklore? o es una mera atracción turística? ¿La gente que concurre entiende de folklore? Son estas preguntas que se convierten en temas polémicos. En verdad, en Cosquín se busca que el folklore esté en primer plano y en buena medida se lo logra. Establecer la proporción que de "entendidos" hay en el total de asistentes, es complejo. Lógicamente, son minoría, pero no son pocos.

Se los notaba cuando, ya pasadas las 3 de la madrugada —hora en que cesaba la transmisión radiofónica y parte del público desertaba de la platea— se acercaban al escenario y se manifestaban mucho más exigentes en algunos casos y, en otros, mucho más pródigos para el aplauso. Era evidente que ahí se hallaba el grueso de los "conocedores". Sus exigencias, sus preferencias, así lo denotaban.

LOS ARTISTAS

En cuanto a quienes ocuparon el escenario se puede decir que cuantitativa y cuali-

COSQUIN CATEDRAL DEL FOLKLORE

tativamente, representaban lo mejor de nuestro folklore. Hubo algunas ausencias significativas como Atahualpa Yupanki —a la sazón en gira por Europa— Ariel Ramirez, José Larralde, Horacio Guarany, Jaime Dávalos, Huanca-Huá, pero estuvieron en cambio expresiones auténticas y consagradas como Mercedes Sosa, los Chalchalers, los Fronterizos, Jorge Cafrune, Julia Elena Dávalos, Jaime Torres, César Isella, Ramona Galarza, los Quilla Huasi, los Trovadores, el Chango Nieto, Roberto Rimoldi Fraga, el Cuarteto de Cuerdas para el Folklore, Daniel Toro, Aníbal Sampayo, las Voces Blancas. Además en cada una de las noches hubo una presentación especial del Ballet dirigido por Santiago Ayala, "El Chúcaro", y Norma Viola en un espectáculo denominado "Cosquín, magia y misterio" que aportaron una nota de belleza, colorido y auténtica jerarquía artística.

LAS TENDENCIAS

¿Cuáles son las tendencias que se reflejaron en el seno del Festival? Podríamos hablar de "vieja y nueva ola" o de artistas "comprometidos" y de aquellos que "cantan por cantar", los que buscan nuevas formas de expresión folklórica (el caso de los conjuntos vocales a "capella") y los que se apegan a las formas tradicionales o los que tratan de combinar ambas cosas a la vez.

Aclaremos lo de "comprometidos". No se trata de artistas "politizados" que utilicen su cancionero como vehículo de propaganda ideológica. Algunos podrán tener una militancia política (concretamente, son izquierdistas) pero no todos los que incorporan a su repertorio canciones que llevan implícita una protesta social lo hacen con una intención partidista. Otros, como el caso de Roberto Rimoldi Fraga, le han dado a su cantar un tono decididamente "revisionista", si por tal se entiende la reivindicación de los grandes caudillos populares del Siglo XIX como Quiroga, Dorrego, Peñaloza, Varela y una marcada tendencia "federal", lo cual por otra parte no puede extrañar a nadie: el "unitarismo" (doctores y "levitas" de salón) no tiene "folklore propio", salvo algunos cielitos y vidalás muy desteñidas (el fracaso de la "Zamba unitaria" y el fallido intento de Carlos Di Fulvio con su "Canto Monumento al General Paz" así lo prueban).

Impugnar el sentido de protesta social de muchas piezas folklóricas (reivindicación del indígena, del peón de campo y en general de todos los desposeídos agrarios, de ayer y de hoy) es actitud antihistórica y reaccionaria. "Cantar por cantar" puede

redituar buenas ganancias pero dice poco de la personalidad y la conducta del intérprete.

Por otra parte no es "comprometido" el que quiere sino el que puede y tiene condiciones para serlo. (Durante el Festival un periodista le preguntó a Mercedes Sosa si era una artista "comprometida" y ella contestó: "Eso que canto canciones comprometidas lo han inventado algunos periodistas a través de mis declaraciones de lo que significaba el nuevo cancionero, la toma de posición que tiene que asumir todo artista o todo hombre en el mundo. Eso no es ser comprometido. Resulta que grabo las canciones y luego las canta todo el mundo, y después Mercedes Sosa es la comprometida". Es decir el "compromiso" es auténtico y valedero cuando cuaja en el pueblo que se identifica con el tema y su significado).

En última instancia, lo "comprometido" es decir "cosas con fundamento" como quería Hernández. Claro que ese es el camino difícil. No todos lo saben sobrellevar.

En ese sentido hay que anotar una deserción significativa que constituyó tema de discusiones en Cosquín. Nos referimos a la burda comercialización del Chango Rodríguez, que si bien ausente físicamente en el Festival, estuvo presente a través de varios conjuntos, principalmente "Los de Córdoba", que abandonando totalmente la senda telúrica trató de explotar el fácil éxito de un ritmo plagario de la "cumbia" que este autor denomina "marea" ("La Balandra", "Burbujas") que nada tiene que ver con nuestro folklore. Un sector del público lo aceptó, pero otros lo rechazaron abiertamente. Daniel Toro, por ejemplo, públicamente declaró que esos temas no podía cantarlos porque no pertenecían ni en su forma ni en su espíritu a lo que se entiende por folklore.

BALANCE

Así fue Cosquín. Un entrechocar de líneas, unas auténticas, otras falseadas pero que deja un saldo positivo. Hay una identificación entre las cosas de la tierra y su gente.

Durante nueve días los artistas cantan y el pueblo escucha. Y también participa. Lo comercial acecha (las empresas grabadoras que imponen a ciertos artistas la ejecución de piezas de discos recientes o a lanzar) pero hay un tamiz: el instinto popular, que solo recoge lo auténtico. Lo demás pasará.

Vale la pena llegarse a Cosquín. De alguna manera es penetrar en la tierra y recibir su canto.